

LA COMUNICACIÓN HUMANA: UN PRODUCTO DE LA EVOLUCIÓN

THE HUMAN COMMUNICATION: A BY-PRODUCT OF EVOLUTION

ALAIN TROGNON
amtrognon@icloud.com

Université de Lorraine, Nancy, Francia

MARTINE BATT
martine.batt@univ-lorraine.fr

En esta breve contribución, sostenemos que la indeterminación fundamental de la comunicación humana no es una imperfección sino, muy por el contrario, una propiedad eminentemente pragmática de este sistema que posibilita la apropiación del mundo y, al mismo tiempo, el gobierno de la intersubjetividad entre los agentes en interacción. Estas útiles funcionalidades se obtienen mediante el acoplamiento de varios sistemas semióticos dominados por el lingüístico en un proceso interactivo de vinculación dialógica que hemos estudiado por más de treinta años en prácticamente todos los ámbitos de la psicología del lenguaje.

Palabras clave: comunicación humana, ambigüedad, malentendido, intercomprensión, diálogo

We argue in this short contribution that the fundamental indetermination of the human communication is not an imperfection but, all on the contrary, an eminent pragmatic property of this system which affords for the appropriation of the world and at the same time the government of the intersubjectivity between the agents in interaction. These useful functionalities are obtained by the coupling of several semiotic systems dominated by the linguistic one with an interactive process of dialogical binding studied by us for more than thirty years in practically all the domains of the psychology of language.

Key words: human communication, ambiguity, misunderstanding, intercomprehension, dialogue

Recibido: 15 septiembre 2018

Aceptado: 2 noviembre 2018

1. LA LIMITACIÓN DE LA COMUNICACIÓN POR MEDIO DE UN LENGUAJE NATURAL

El malentendido es una de las experiencias más comunes de los usuarios de un lenguaje natural. Un malentendido puede surgir de casi todos los componentes implicados en el uso

de un lenguaje natural (Dascal 1999: 203): el componente cognitivo, el lingüístico en todos los niveles de la actividad enunciativa (Clark 1996) –fonológico, sintáctico, semántico, y pragmático–; y, en este último nivel, desde los actos de habla monológicos (si existen, a pesar de lo que sostiene el mismo John Searle) hasta todos los tipos de diálogos, del informal al profesional; interpersonal, colectivo, cultural.

En el origen de todo malentendido, encontramos a veces al transmisor (por ejemplo, si no articula claramente); a veces es el receptor quien está implicado cuando, por ejemplo, malinterpreta (o finge malinterpretar) el mensaje que recibe. De ahí entonces la definición de un malentendido: hay un malentendido cuando los interlocutores de un diálogo interpretan en forma diferente la afirmación hecha por uno de ellos (Trognon 2002, Weigand 1999, Trognon y Batt 2010, Trognon y Saint-Dizier 1999).

Presentamos aquí dos ejemplos tomados de Gumperz (1989) que resultan de la interpretación pragmática de la cuestión.

1. Un hombre sentado en una sala se dirige a su mujer. Él es estadounidense y proviene de la clase media; su mujer es británica. Están casados y han vivido en Estados Unidos por varios años.

Marido: ¿Sabes dónde está el diario de hoy?

Mujer: Yo te lo traigo.

Marido: Está bien, sólo dime dónde está; yo iré a buscarlo.

Mujer: No, seré yo quien vaya.

Gumperz comenta de este modo la secuencia:

El marido hace una pregunta que, interpretada en forma literal, consiste en preguntar por la localización del diario. La mujer no responde directamente [pero su respuesta es demostrativamente accesible en el esquema general de la lógica interlocutoria], sino que propone ir a buscarlo. Su “Yo” está acentuado “Lo haré si tu no lo haces.” La réplica del marido sugiere que él había pretendido solicitar información, no hacer un pedido. Él también acentúa “yo”. La mujer repite luego su afirmación para enfatizar que ella está dispuesta a ir a buscarlo. El “yo” está fuertemente acentuado en esta oportunidad para indicar su creciente irritación.

(Gumperz 1989: 135)

2. Una madre se dirige a su hijo de 11 años quien está a punto de salir bajo la lluvia:

Madre: ¿Dónde están tus botas?

Hijo: En el clóset.

Madre: Quiero que te las pongas inmediatamente.

La madre hace una pregunta que, interpretada en forma literal, se refiere al lugar en el que están las botas de su hijo. Cuando él le responde con una afirmación que indica el lugar, la madre replica con un pedido directo. Su acento sobre “inmediatamente” sugiere que ella está irritada al escuchar a su hijo responderle la pregunta inicial sin entender que era un pedido.”

(Gumperz 1989: 135)

2. LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA ESTÁ ESTRUCTURALMENTE EXPUESTA AL RIESGO DEL MALENTENDIDO (WEIGAND 2010)

Los ejemplos (1) y (2) pueden multiplicarse infinitamente. Nótese, sin embargo, que no todos los malentendidos resultan de una ambigüedad (un malentendido puede surgir de un error de audición) y que no todas las ambigüedades inducen a un malentendido (una ambigüedad no lleva a un malentendido cuando los interlocutores interpretaron el mensaje del mismo modo). Sin embargo, la correlación entre ambigüedad y malentendido es muy fuerte.

Por ejemplo, Bazanella y Damiano (1999) encuentran, en efecto, que el 66% de los malentendidos provienen de las ambigüedades principalmente pragmáticas. Por otra parte, sostienen la idea de que la ambigüedad es una propiedad inherente a la comunicación humana.

En este sentido Catherine Fuchs sostiene:

La ambigüedad y la paráfrasis, así como la univocidad, se considerarían no tanto como una propiedad intrínseca de algunas expresiones de lenguaje por oposición a otras sino como márgenes de decisión (lingüista o hablante) en la descripción o interpretación de todas las expresiones: la misma expresión puede ser legítimamente descrita por el lingüista como ambigua o unívoca, el mismo par de expresiones como parafrásticas o no, según el punto de vista adoptado. En relación con esto, me voy a referir a la ‘paradoja de la ambigüedad’, es decir a la ‘paradoja de la significación’, entendiéndolo con ello que no existe un semantismo lingüístico inscrito en cada expresión lingüística sino una pluralidad de niveles semánticos y un margen disponible en las descripciones metalingüísticas, como en prácticas lingüísticas, para magnificar o reducir focalizaciones desde diferentes puntos de vista. De ahí que la variabilidad no sea solo un fenómeno psico o sociolingüístico sino una parte constitutiva del objeto lingüístico en sí mismo.

(Fuchs 1985: 18-19)

En sus diferentes trabajos, Weigand (por ejemplo, Weigand 2010) desarrolla la misma idea. Pero la mejor prueba de que la ambigüedad constituye una propiedad no solo formal (*i.e.* demostrable), sino empírica, proviene del uso que los interlocutores hacen de ella. Los interlocutores explotan estratégicamente diferentes tipos de ambigüedad en sus interacciones.

Como argumentan Labov y Fanshel:

Seguramente los interlocutores inventarían esta propiedad si no existiera en los lenguajes naturales, porque los diferentes tipos de ambigüedades les permiten establecer relaciones intersubjetivas que de otro modo serían imposibles.

(Labov y Fanshel 1977: 46)

En la misma línea, Sperber y Wilson señalan:

El conocimiento mutuo puede no ser muy importante desde un punto de vista cognitivo, pero desde un punto de vista social, lo es sin lugar a dudas por sus posibilidades de comunicación subsecuentes.

(Sperber y Wilson 1986: 30)

Los autores ilustran su tesis con una historia:

Mary dispone las partes de su secador de cabello en la cama que comparte con Peter. Si Mary hubiera manifestado su deseo de que Peter lo reparara, dos cosas podrían haber sucedido. Peter podría haber arreglado el secador de cabello para complacer a Mary quien, probablemente, hubiera quedado en deuda con Peter. O bien, Peter podría no haber reparado el secador, lo que hubiera constituido un rechazo más o menos marcado de su parte. Sin embargo, al evitar cualquier cambio en el entorno cognitivo de ambos, Mary evita ponerse a sí misma en una situación en la que se arriesga a deberle algo a Peter o de recibir una negativa. Si Peter repara el secador, habrá demostrado espontáneamente amabilidad, y ella no le deberá nada. Si Peter decide no repararlo, puede razonar del siguiente modo: ella no sabe que yo sé que ella quería darme a conocer su deseo; si no tengo esto en cuenta, ella va a pensar que es porque falló en informármelo. Puede pensar que soy un idiota, pero no un egoísta. Mary, por su parte, ha dejado deliberadamente este escape a Peter. Si él no repara el secador, ella lo va a encontrar egoísta, pero no hostil. El hecho de que Peter no respondiera al deseo de Mary no sería un rechazo. La relación entre Peter y Mary no se vería afectada.

(Sperber y Wilson (1986: 30).

El tipo de relación analizada por Sperber y Wilson existe en todos los ámbitos de la vida humana: interpersonal (en especial en el amor), organizacional, político (Trognon y Larrue 1994). La ambigüedad es una excelente manera de manejar paso a paso la impredecibilidad de la relación con el otro. Más que pedir algo (*dame el diario*), solapa tu pedido. Di, por ejemplo, *¿Sabes dónde está el diario?* Si tu oyente satisface el pedido dándote el diario, recibirás lo que quieres sin tener que pedirlo, y podrás incluso negar haberlo pedido si te lo reprochan. Si tu oyente vincula su respuesta al contenido literal de tu afirmación, con un *No sé* o un *En la cocina*, puedes formular explícitamente el pedido. Pero, cuando tu interlocutor ya ha manifestado que no ha oído tu pedido, tal vez no sea muy apropiado insistir.

El interés de la comunicación solapada reside en el hecho de que es el segundo hablante quien descubre por sí mismo una solicitud “detrás” de la pregunta. Frente a un pedido indirecto, se espera que el destinatario se anticipe al deseo de su interlocutor. De todas maneras, evitar tanto como sea posible, salvo en casos excepcionales, negar que querías la satisfacción del acto indirecto que tu interlocutor anticipó: él estaría seriamente ofendido.

Hemos visto en el ejemplo (1) la irritación de la esposa. Ella va a cumplir el pedido de su esposo y él se rehúsa a ratificarlo, en lugar de agradecer su amabilidad...

Los “juegos” de diálogo que permite la ambigüedad son muy variados y están en el corazón de nuestras relaciones interpersonales (Trognon 1986, 1991, 1992; Trognon y Larrue 1994).

3. EL METASISTEMA DE COMUNICACIÓN HUMANO

Un sistema de comunicación en el que la ambigüedad es una propiedad constitutiva, no es ciertamente un buen sistema de comunicación. Pero un sistema de este tipo, al cual se le añade un mecanismo de ajuste, sí puede ser un sistema con alto grado de efectividad. Cualquier falla sería virtualmente recuperable.

Además, tal metasistema es más efectivo que un simple código. Efectivamente, para representar una nueva información, el código debe tener necesariamente una nueva unidad

codificante, sin la cual pierde la propiedad que lo hace interesante: la correspondencia uno a uno entre todos los elementos a codificar y todos los elementos que codifican. De esa manera, si es costoso integrar información en un código, un sistema –lenguaje natural *más* un sistema de ajuste– no tiene este tipo de limitación. La comunicación humana es un metasistema de este tipo, que hace su trabajo fácilmente.

¿Qué condiciones debería satisfacer este metasistema?

- 1) debe integrar de un modo dinámico los dos canales de comunicación disponibles para cualquier ser humano;
- 2) debe basarse en estructuras cerebrales (*i.e.* neuronas espejo) que los humanos comparten con sus ancestros no humanos;
- 3) debe existir a lo largo un vasto conjunto de especies sociales (por ejemplo: abejas y humanos);
- 4) en lo que se refiere a los grupos humanos, debe ser transcultural y permitir una comunicación relativamente buena entre seres humanos con algún tipo de discapacidad.

A esta altura, es posible reconocer, el “motor de la interacción” (*Interaction Engine*) recientemente descrito por Levinson (2006). En efecto:

La interacción cara a cara se caracteriza por flujos de señal multimodal –visual, auditivo y háptico en el extremo receptor y kinésico, vocal y motor en el extremo productor. Los flujos presentan un “problema vinculante” que requiere la conexión de elementos que se pertenecen mutuamente a través del tiempo y la modalidad (ej. Un gesto puede ilustrar palabras que vienen después, un apretón de manos puede acompañar el consiguiente saludo)

(Levinson 2006: 46)

4. UNA SITUACIÓN QUE ILUSTRA CÓMO FUNCIONA EL MOTOR DE LA INTERACCIÓN

El siguiente fragmento, que proviene de un extracto de una reunión sectorial del Partido Comunista Francés, muestra el “motor de la interacción” y su modo perfecto de funcionamiento (Larrue y Trognon 1993, Trognon 2002, Trognon y Batt 2010).

El secretario preside la reunión. Para este propósito, utiliza un sistema de asignación de turnos de habla que implica dos acciones. Primero, el hablante tiene que indicar que ha terminado de hablar. Luego, en respuesta, el secretario interviene para designar al orador que sigue en una lista. Este último comunica la aceptación del turno expresándolo en el momento en que se le otorga.

Este sistema no especifica la duración de un turno de habla, de manera que es siempre posible para un hablante abusar de su turno y para el secretario, interrumpirlo. Esto es lo que pasa en el ejemplo siguiente. *a* es el secretario, *g* es el hablante embarcado en un monólogo ‘interminable’.

3. [intervención ‘interminable’ de g]
- 7a : <///> [golpea con su mano derecha]
- 2g : ah sí, no voy a decir nada más porque no tiene sentido.
 porque vamos a ir y venir varias veces antes de haber podido decir todo...
- 8a : no quiero interrumpirte, pero hay hay ... tengo una lista de amigos eh
- 3g : ah sí
- 1d : x (dirigiéndose a g) y g. a hacer los sándwiches [riendo]
- 9a : g, de todos modos, ya terminaste, ¿no es así?
- 4g : hablaremos de otras cosas en algún otro momento... No se puede decir todo
- 10a : h
- 1h : (...)
- (...)

En este fragmento, pueden distinguirse las siguientes cuatro fases, todas orientadas hacia el restablecimiento de la integridad del sistema:

- Fase 1: Ocurrencia de una perturbación y su reconocimiento, incluso por parte de la persona que la creó;
- Fase 2: Inicio de procedimientos regulatorios;
- Fase 3: reinicio del sistema desde su estado original , y
- Fase 4: Reaplicación completa del sistema.

Como se puede ver, una vez completada la secuencia, el sistema de toma de turnos de habla estará restablecido. La dificultad surgida por la no especificación de la duración del turno será superada, colaborativa e interactivamente.

En el núcleo de la interacción, podemos ver un proceso por el cual una señal no-verbal se integra en la corriente verbal, donde adquiere las propiedades de un pedido. Más precisamente, un gesto, una señal, en este caso, específicamente, un *golpe* en la teoría de la comunicación gestual (cf. McNeil 1992) que pertenece al medio visual-motor, se transfiere e integra al medio vocal-auditivo en el que se realiza como un acto de habla. Resolviendo el problema vinculante señalado por Levinson (2006) que mencionáramos más arriba, este gesto adquiere en el *segundo medium* el estatuto de una metáfora.

El gesto expresado por *a*, conscientemente o no, es registrado por *g* (*Ah sí*) y funciona como si fuera un pedido para dejar de hablar (*no voy a decir nada más*). Su registro de la señal como un pedido (indirecto) de que concluya (cf. más abajo el momento M₁ del proceso) y su cumplimiento de este pedido (cf. más abajo el momento M₂ del proceso) están seguidos por la expresión de una especie de convención o norma que dicta este tipo de discusión (*vamos a ir y venir varias veces antes de haber podido decir todo... entonces... volveré más adelante*), algo así como “un tema por turno”.

Esta fase se desarrolla en dos etapas. La primera, involucra al secretario y al perturbador; la otra, a un observador externo que no ha participado en los intercambios previos. En 8a, el secretario ‘repara’ (en el sentido de Goffman 1982) la ofensa hecha a *g*, mediante una negación (*no quiero interrumpirte*, aunque de hecho es lo que acaba de hacer). Esta negativa sirve como una disculpa y, en ese sentido, libera a *a* de la intención de interrumpir a *g* (*no quiero*). Más aún, la disculpa está acompañada de una justificación. Pareciera que, en realidad, *a* dijera, “No es porque quería interrumpirte que lo hice, sino porque debo encargarme del correcto funciona-

miento del sistema” o “No confundas mi intención al hacer lo que hice”. Así, el acto de interrumpir no se presenta aquí como la realización de la intención del sujeto, sino como la ejecución de un rol. Mediante el movimiento siguiente (M_3 abajo), se cierra el proceso de intercomprensión.

Una vez que se logra el acuerdo, comienza la segunda etapa regulatoria. Durante esta etapa, un oyente externo (d) describe lo que acaba de suceder en un tono de voz jocoso que incluye al protagonista (x) en un diálogo inserto en el turno de g (x y $g... a$ hacer los *sándwiches* [riendo]). El chiste y la consecuente risa, cumplen la función de distender al grupo o , tomando la terminología de Goffman, una función de minimización.

Pero además, significa que los oyentes que no están directamente implicados en la perturbación, participan en el mecanismo de corrección de este modo: por medio de un tercero, el grupo entero aplica plenamente el sistema de toma de turnos que rige esta discusión y se orienta a sí mismo con respecto a este sistema.

Finalmente, en $9a$, la pregunta realizada por a (*de todos modos, ya terminaste, ¿no es así?*) cierra el intercambio precedente. Pareciera que a estuviera preguntando a g si la interrupción que él había sufrido había ocurrido conforme con la regla. En otras palabras, g habría dicho lo que quería decir y se habría ido por las ramas, haciendo que la interrupción fuera adecuada. El “de todos modos” es lo que nos permite esa interpretación. En virtud de este hecho, la pregunta sirve como una garantía de que la condición inicial para la asignación del próximo turno ya fue efectivamente satisfecha, es decir, g ya ha terminado su turno.

En resumen, a pide una confirmación de la finalización del turno. La respuesta dada por g en $4g$ proporciona esta confirmación. Al informar a la audiencia de su intención de hablar sobre algunas *otras cosas*, g implica que el tópico anterior está terminado, como también al sugerir *otro momento* para otro tema. En ese punto, el sistema, ahora enteramente restablecido, inicia otra vez su circuito de modo normal: el secretario acusa recibo de la marca de fin de turno y, en $9a$, convoca a un nuevo hablante (h), quien comienza a hablar.

Sistema específico de turnos	Proceso de reparación				
6a : g					
1g : (...)					
(...)					
	7a	<///> Señal	Iv	It	
	2g	Cumplimiento del pedido gestual indirecto	Iv		
		Justificación (formulación de la regla)			
	7a	Disculpa; Reparación (formulación de la regla)		Iv	It

	3g	Aceptación ; Evaluación positiva			Iv
	2d	Chiste	Iv		
	8a	Pedido; Reafirmar la unidad terminal	Iv	It	
4g		Señalamiento de la unidad terminal	Iv		
9a : h					
1h (...)		(...)			
(...)					

Tabla 1. Sistema de turnos y Proceso de reparación

En la tabla 1, se muestra el sistema de asignación de turnos en la columna de la izquierda. El proceso de reparación está en la columna de la derecha, ya que corresponde a un diálogo inserto. La estructura es compleja por ser al mismo tiempo lineal y jerárquica. Nuestra reconstrucción del diálogo se basa en Roulet *et al.* (1985). Para estos autores, una secuencia conversacional consta de tres tipos de componentes: actos de habla, intervenciones (Iv) e intercambios (It), organizados lineal y jerárquicamente.

El contenido del proceso de reparación, por otro lado, puede ser descrito en términos de lógica interlocutiva (Searle y Vanderveken 1985, Vanderveken 1990) y de su extensión a la conversación (Trognon 2002, Trognon y Batt 2010).

5. ALGUNOS ELEMENTOS DE LA ESTRUCTURA FORMAL DEL MOTOR DE LA INTERACCIÓN: INSTANCIACIÓN Y ESTABILIZACIÓN DE LA INTERCOMPRENSIÓN

El proceso de intercomprensión funciona en tres movimientos: M_1 , M_2 y M_3 . Estos tres movimientos sucesivos se combinan en dos relaciones: (M_1, M_2) y $((M_1, M_2) M_3)$. L_1 produce el primer y el tercer movimiento; L_2 produce el segundo. En M_1 , al principio del proceso, L_1 envía un mensaje (un golpe) a L_2 , quien lo recibe (v. Gráfico 1).

(M_1, M_2) corresponde al intervalo conversacional durante el cual se manifiesta una interpretación M_1 por parte de L_2 en el sentido de que M_2 realiza *materialmente* una interpretación, L_2 de M_1

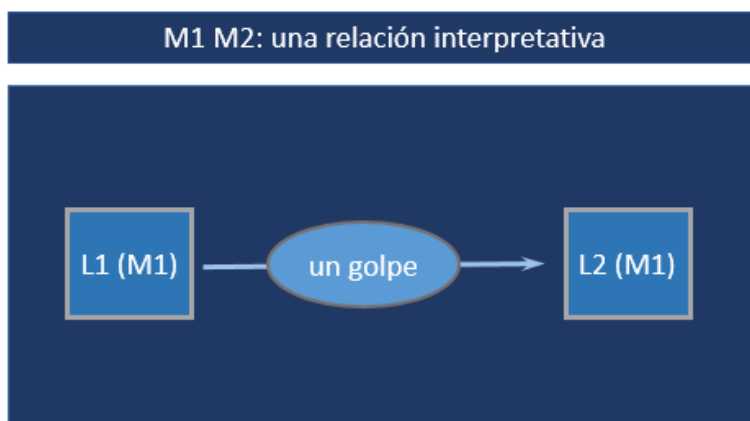


Gráfico 1

Esta estructura está en el núcleo del mecanismo porque la interpretación se realiza como un objeto material accesible a los interactuantes. (M₁, M₂) constituye entonces una relación interpretativa.

El segundo elemento subraya la interpretación por parte de L₂ (el oyente de L₁) de la acción realizada por L₁ en M₁, y esta interpretación se vuelve mutuamente manifiesta (Sperber y Wilson 1986, Clark 1996). El hecho de que el segundo momento de la interacción pueda ser entendido como la reacción a una interpretación del primer momento, tiene un doble origen. En primer lugar, del hecho de que M₂ constituye una acción que crea un estado de cosas perceptivamente disponible a cada uno de los interactuantes (esto aparece dentro de sus contextos cognitivos en el sentido de Sperber y Wilson 1986), que M₂ forma probablemente una base compartida para una interpretación mutua de la intención comunicativa del hablante (Clark 1996). En segundo lugar, se desprende del hecho de que el estado de las cosas que constituye M₂ aparece como una consecuencia de M₁ y, de esta manera, tiene cierta relación con el primer elemento.

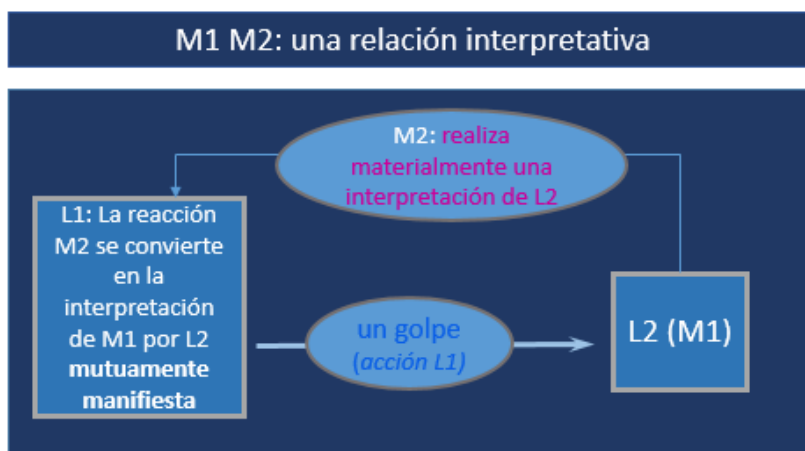


Gráfico 2

La estructura $((M_1, M_2) M_3)$ corresponde a un intervalo de evaluación de la reciprocidad de las interpretaciones de M_1 . Puesto que la interpretación que L_2 hace de M_1 es accesible a L_1 en M_2 , L_1 puede compararla con su propia interpretación y “establecer” si las dos interpretaciones se corresponden, es decir, si la interpretación que hace L_1 de su afirmación inicial es igual a la que hace L_2 . Pero L_1 tendrá que reformular su mensaje, o bien, abandonarlo: tenemos aquí todas las posibles secuencias descritas por Clark (1996), así como en los dos ejemplos (1) y (2) tomados de Gumperz, si las interpretaciones de L_1 y L_2 difieren.

Dado que contiene (M_1, M_2) , la estructura de evaluación puede funcionar como mecanismo de corrección que notificará a L_2 que L_1 no comparte la misma interpretación que él. En resumen, como escribe Schegloff:

En los turnos de habla de la conversación cotidiana, los hablantes normalmente se remiten a discurso anterior y, más frecuentemente, al discurso inmediatamente precedente. Al hacerlo, pueden revelar comprensiones del discurso anterior que, para quienes produjeron ese discurso, son problemáticas, esto es, *malentendidos*. Cuando esto ocurre, los hablantes del discurso malinterpretado pueden disponerse a reparar el malentendido y, de esta manera, esto constituye una reparación en tercera posición, reparar a posteriori de una respuesta del interlocutor (segunda posición) que ha demostrado problemas en el entendimiento de un turno anterior (el reparable, en la primera posición). La organización secuencial usual de la conversación permite así mostrar el entendimiento mutuo y los problemas que conlleva, una base para cultivar y dar sustento a la intersubjetividad. La reparación en tercera posición puede pensarse como la última oportunidad provista por el sistema para captar (entre otros problemas) entendimientos divergentes que encarnan fallas de intersubjetividad, es decir, problemas en la cognición socialmente compartida del intercambio y la conducta en la interacción”.

(Schegloff 1991:158)

La consecuencia principal de $((M_1, M_2), M_3)$ es la accesibilidad mutua de la interpretación del primer movimiento de la interacción. En M_2 , esta interpretación es obvia para L_1 . Y en M_3 , es obvio para L_2 que esta interpretación es obvia para L_1 . Dos escenarios posibles dependen de la confirmación o la invalidación que M_3 haga de la interpretación de M_1 por parte de L_2 . De todas maneras, hay una intercomprensión en ambos casos.

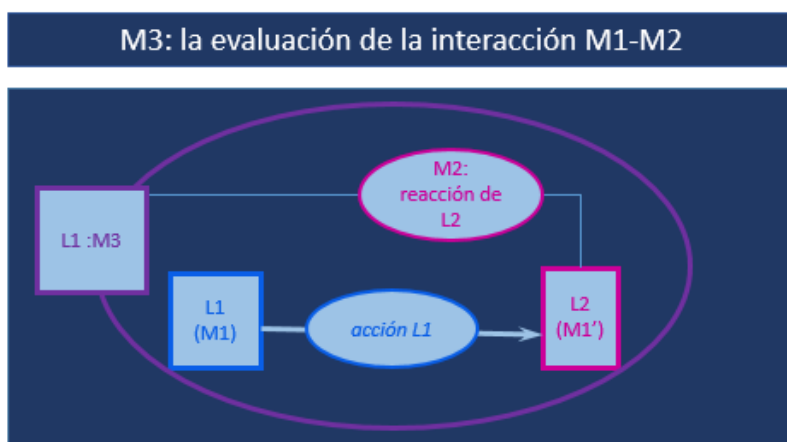


Gráfico 3

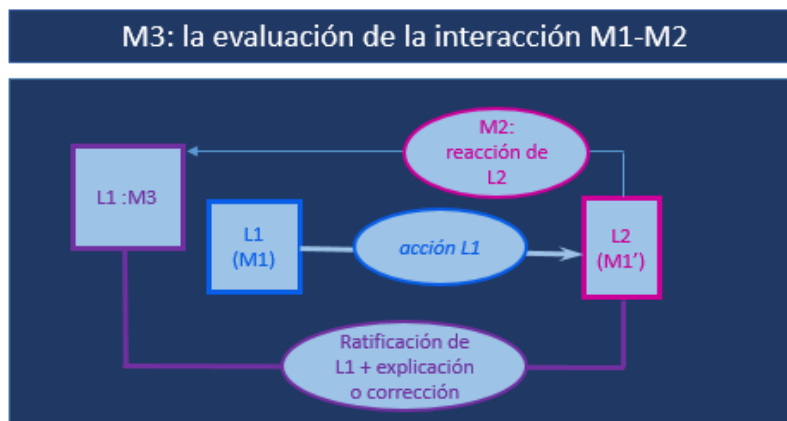


Gráfico 4

El proceso de comunicación está en la base de la intersubjetividad asegurando el “mantenimiento de un mundo (que incluye el desarrollo del curso de la interacción en sí) entendido por los participantes como algo así como el mismo mundo.” (Schegloff 1991: 151).

6. CONCLUSIONES

En esas condiciones, vamos a estar “naturalmente provistos de un conjunto de habilidades cognitivas y disposiciones comportamentales que trabajan juntas sinérgicamente” (Levinson 2006: 44). Compartimos “una poderosa maquinaria creadora de sentidos” capaz de “combinar intenciones comunicativas dentro de un marco interaccional” (Levinson 2006: 43). Este motor constituye “cierto nivel (...) en el cual los interactuantes tratan de que sus acciones (a) sean interpretables (las intenciones subyacentes de ser recuperables), y (b) contribuyan a una acción conjunta más amplia (tener una conversación, hacer una choza, ¡incluso tener una pelea!)” (Levinson: 45). Más aún, es capaz de permitir entre los seres humanos: 1) una comunicación intercultural; 2) una comunicación con seres humanos que sufren algún tipo de discapacidad cerebral.

Nótese que la comunicación descrita en Levinson 2006, entre él mismo y Kpémuwo, tiene esas dos características. Inclusive es capaz de realizar una “‘traducción radical’ de Quine” (cf. Levinson 2006: 200).

Este sistema no es otra cosa que un sistema que el bebé posee antes de adquirir el lenguaje. En efecto, el bebé puede participar muy tempranamente de “protoconversaciones” consideradas por Tomasello (2004) como conductas “ultrasociales” privativas de las especies humanas. Desde los primeros días de existencia, la interacción entre el recién nacido y su madre puede ser analizada en su especificidad humana en el momento de lactancia (Thommen 2001): Se ha descubierto un “programa de armonización” entre los estímulos provenientes de familiares adultos y las respuestas del bebé.

De hecho, el bebé humano es el único mamífero que no está constantemente succionando: tiene ciclos de ruptura durante los cuales hay una interacción protocomunicativa entre la madre y su bebé. Efectivamente, en los intervalos de pausa, la madre interviene para desencadenar una

nueva fase de succión que se detiene para “obtener un estímulo de la madre” (Kaye 1982). De todas maneras, si el objetivo de la madre es intencional, el del bebé es innato. Pero es sin embargo, un precursor de la relación interpersonal que introduce el prototipo de la comunicación lingüística: “cada uno habla en su turno” (Thommen 2001: 13). En forma más general, Trevarthen citando a Hobson 2002:

La comunicación del niño pequeño y la paternidad intuitiva son aplicaciones de aprendizaje cultural, que ubican a los humanos aparte. Las culturas construyen sistemas significativos de creencias y lenguaje. La habilidad depende de la atracción del niño hacia otros y de una pasión por la compañía, bastante diferente del apego creado por el cuidado. El juego de la madre con su hijo es la cuna del pensamiento.

(Trevarthen 2004: 13)

De este modo, todo parece haber ocurrido como si, filogenéticamente, la evolución hubiera inventado el proceso humano de la comunicación, es decir, el diálogo para compensar las imperfecciones de la comunicación en general y de la comunicación verbal en particular. El integrar el uso del lenguaje natural en la máquina de la interacción produjo, en el largo plazo, un sistema de comunicación más eficiente, porque no cancela la indecibilidad de la comunicación al momento de su transmisión, sino que lo maneja paso a paso, localmente. Como afirma Weigand (1999: 783): “La comunicación funciona tan bien porque permite el riesgo del malentendido y confía en el hecho de que va a ser corregido por el dialogo mismo”. En este sentido, la evolución ha creado un sistema optimizado, robusto, flexible, adaptable, que funciona con un mundo real en constante evolución.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bazanella, Carla y Rossana Damiano. 1999. The interactional handling of misunderstanding, *Journal of Pragmatics*, 31, 6: 817-836.
- Clark, Herbert H. 1996. *Using Language*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Dascal, Marcello. 1999. Introduction: Some questions about misunderstanding, *Journal of Pragmatics*, 31, 6: 753-762.
- Fuchs, Catherine. 1985. *Aspects de l'ambiguïté et de la paraphrase dans les langues naturelles*. Berne, Peter Lang.
- Goffman, Erwin. 1982. *Interaction Ritual: Essays on Face-to-Face Behavior*, New York, Pantheon Books.
- Gumperz, John. 1989. *Engager la conversation*, Paris, Minit.
- Kaye, Kenneth. 1982. *The Mental and Social Life of Babies. How Parents Create Persons*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Labov, William y David Fanshel. 1977. *Therapeutic Discourse. Psychotherapy as Conversation*, London, Academic Press.
- Larrue, Janine y Alain Trognon. 1993. Organization of turn-taking and mechanisms for turn-taking repairs in a chaired meeting, *Journal of Pragmatics*, 19: 177-196.
- Levinson, Stephen. 2006. On the Human “Interaction Engine”, in N. J. Enfield and S. C. Levinson (eds.), *Roots of Human Sociality. Culture, Cognition and interaction*, Oxford-New York, Berg: 39-69.
- McNeill, David. 1992. *Hand and Mind: What Gestures Reveal About Thought*, Chicago, Chicago University Press.
- Roulet, E. et al. 1985. *L'articulation du discours en français contemporain*, Bern, Peter Lang.
- Schegloff, Emmanuel. 1991. Conversation Analysis and Socially Shared Cognition, in Resnick, L. et al. (eds.), *Perspectives on socially shared cognition*, Washington, American Psychological Association: 150-170.
- Searle, John and Daniel Vanderveken. 1985. *Foundations of illocutionary logic*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Sperber, Dan and Dierde Wilson. 1986. *Relevance: Communication and Cognition*, Oxford, Blackwell.
- Thommen, Elisabeth. 2001. *L'enfant face à autrui*, Paris, Armand Colin.
- Tomasello, Michael. 2004. *Aux origines de la cognition humaine*, Paris, Retz.
- Trevarthen, Colwyn. 2004. *Learning about ourselves, from children: why a growing human brain needs interesting companions*. Graduate School of Education, Hokkaido University. Research and Clinical Centre for Child Development, Annual Report 2002-2003 No. 26: 9-44.
- Trognon, Alain. 1986. Les contrats de communication difficiles, en Rodolphe Ghiglione, *L'homme communiquant*, Paris, Armand Colin: 227-254.
- Trognon, Alain. 1991. L'interaction en général: sujets, groupes, cognitions, représentations sociales. *Connexions*, 1: 78-92.
- Trognon, Alain. 1992. L'approche pragmatique en psychopathologie cognitive, *Psychologie française*, 37: 191-202.
- Trognon, Alain. 2002. Speech acts and the logic of mutual understanding, in D. Vanderveken and S. Kubo (eds.), *Essays in speech acts theory*, Amsterdam, Benjamins: 121-133.
- Trognon, Alain et Martine Batt. 2010. Interlocutory logic: A unified framework for studying conversation interaction, in Jurgen Streeck (ed.), *New adventures in language and interaction*, Amsterdam, Benjamins: 9-46.
- Trognon, Alain et Janine Larrue. 1994. *Pragmatique du discours politique*, Paris. Armand Colin.
- Trognon, Alain et Valérie Saint-Dizier. 1999. L'organisation conversationnelle des malentendus: Le cas d'un dialogue tutoriel, *Journal of Pragmatics*, 31, 6: 787-815.
- Vanderveken, Daniel. 1990. *Meaning and speech acts*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Weigand, Edda. 1999. Misunderstanding: The Standard case, *Journal of Pragmatics*, 31, 6: 763-785.
- Weigand, Edda. 2010. *Dialog: The Mixed Game*, Amsterdam/Philadelphia, Benjamins.